

Andrés Bello y la emancipación iberoamericana

Por *Florencia FERREIRA DE CASSONE**

“PRIMER HUMANISTA DE AMÉRICA”, de esta manera definió don Pedro Grases¹ a Andrés Bello y así todo lo que se diga de él se proyecta sobre nuestra América, cuya cultura contribuyó a elaborar en forma eminente en los más diversos lugares y a través de las empresas políticas e intelectuales que llevó a cabo en su larga y fecunda existencia.

Por su formación en la tradición clásica, Bello supo siempre que el más alto compromiso no se satisfacía con el regodeo estetizante en las luces abstractas de la razón, sino que entendió esta obligación de cultura como un imperativo moral que lo situaba al nivel de sus coetáneos y en el centro mismo de los problemas que comenzaban a conmover a la sociedad colonial.

Su dedicación al estudio en los años juveniles le permitió beneficiarse con lo mejor de la cultura hispánica en tierras americanas. Era el siglo XVIII, neoclásico y reformista, con su moderado culto por las luces y el cuidado por las bases espirituales y religiosas que formaban el suelo inamovible de la personalidad española. Bajo el reinado de Carlos III la España de Feijóo y Jovellanos intentaba una fórmula nueva de vida social y cultural, que permitiera la asimilación de los más novedosos valores europeos, que se erigían agresivos contra todo lo que España había representado hasta entonces.

Si hubiera que señalar un momento significativo en la biografía juvenil de Bello, elegiríamos el de su encuentro en 1800 con Alexander von Humboldt, cuando éste visitó Venezuela. En esa oportunidad Bello tuvo ocasión de conocer las ideas de aquél sobre la naturaleza americana, cuya novedad científica el sabio alemán difundió por todo el orbe civilizado en estudios geográficos penetrados por la convicción del progreso que representaba para la humanidad la obra de la razón científica. No hay dudas de que su educación en el progresismo moderado del Iluminismo español, reforzado por la influencia ejercida por las ideas

* Profesora de la Universidad Nacional de Cuyo e investigadora del Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas, Mendoza, Argentina; e-mail: <cassone@familiacassone.com.ar>.

¹ Pedro Grases, *Andrés Bello: el primer humanista de América*, Buenos Aires, Ediciones del Tridente, 1946, p. 33.

de Humboldt y matizado por su adhesión a la tradición literaria e intelectual española, constituyen las bases de esa personalidad juvenil que Bello labró armoniosamente y dentro de cuyo equilibrio cupieron tanto sus estudios de latinidad, literatura y lenguas extranjeras como la colaboración en periódicos de la época, la elaboración de sus primeras poesías y el desempeño de importantes funciones en la administración española. En 1800 se recibió de Bachiller en Artes en la Universidad Real y Pontificia de Caracas, donde comenzó estudios de derecho y medicina, pero la obra que corona esta etapa es, sin duda, su *Resumen de la historia de Venezuela*, en la cual había notables signos de una temprana comprensión de la historia y de la política de su tierra y de España en el marco general de América.

Mensaje ejemplar de Bello es, por lo tanto, el de su misma presencia en el gozne de dos épocas históricas: la del antiguo régimen borbónico que hacia fines del siglo XVIII se acercaba al abismo de una gran crisis política y la del desgarramiento de la guerra civil, que estallaría en el mundo hispánico y americano como secuela de la invasión napoleónica de España.

Pero la de Bello no es la presencia de un intelectual puro, aislado, temeroso o amilanado por el turbión de los acontecimientos que ocurrían en Venezuela. Estaba preparado, como toda aquella promoción de criollos formados por España, para mandar y decidir en la paz y en la guerra, y pronto puso su saber y experiencia al servicio de la patria americana que nacía.

En esta oportunidad nos interesa su presencia en los acontecimientos políticos con que se inicia la emancipación: en la perspectiva de sus proyección cultural, como integrante de la élite revolucionaria de Caracas, precisamente porque representa el estado de razón social logrado gracias a la cultura hispánica transformada en americana por virtud del desarrollo de sus elementos esenciales en un nuevo ámbito vital.

La emancipación se hizo sobre la base del esfuerzo de una minoría que representaba en América la culminación de esa personalidad propia. Pero la audacia y el ánimo con que los criollos reaccionaron ante la crisis de la monarquía española a la hora de la invasión de Napoleón Bonaparte, no hubiera sido posible sin la previa forja de una visión cultural y política, capaz de gestos soberanos y de emprender una empresa de tamaño magnitud sin otra ayuda que las propias fuerzas.

Al comienzo del siglo XIX en los escritos del joven Bello se halla, pues, este reconocimiento de que el mundo vive una transformación de ideas, de cultura y de política que corresponde al vasto movimiento

ilustrado, en cuyo seno él había sido educado; pero con una sagaz conciencia histórica lo percibe desde la perspectiva incluyente y moderada del mundo hispánico y así, en vez de formular una definición de ruptura, su pensamiento asume una función de integración y continuidad.

Al cerrarse la etapa caraqueña y abrirse entre 1810 y 1829 la de su viaje y residencia en Londres, Bello entrega su primera y gran lección sobre la cultura americana, a la que considera como una creación original que recoge esencias irrenunciables de la tradición clásica y española, pero la que también contiene elementos específicos al reflejar una concepción del hombre americano y de su entorno propia del Nuevo Mundo.

Los temas políticos desplazaron a los filológicos, históricos y filológicos y así Bello debió aceptar el imperativo del deber impuesto, en su caso el de especialista en la política internacional ya que, junto a Luis López Méndez, como es sabido, le tocó viajar a Inglaterra en calidad de asesor de la misión que encabezaba Simón Bolívar.

El viaje a Londres, en 1810, representaba la oportunidad más extraordinaria entre las que podían ofrecerse a un intelectual como Andrés Bello. Debido a los acontecimientos que se desarrollaban por entonces, Londres era un centro político y cultural de gran trascendencia en el mundo europeo.

En esta segunda etapa de su biografía, Bello ofrece otra lección ejemplar en su perspectiva de una cultura americana. En primer término, porque fue en Londres donde se definió rotundamente su personalidad: la del hombre de ideas; además, porque este núcleo central recibió el aporte múltiple y complejo de otras notas que definen su fisonomía intelectual con la singularidad valiosa que, desde entonces, lo destaca en la historia de la cultura iberoamericana.

Sobre las huellas de Francisco de Miranda y de otros americanos de su tiempo, que habían preparado el movimiento emancipador, Bello recibió el legado de una concepción de América como totalidad que sería una de las notas principales de la voluntad que presidió el proceso independentista. Esta noción tuvo su origen en la idea original del Imperio español, cuya unidad era un rasgo político constitutivo. Entre los americanos que proyectaron los primeros movimientos separatistas, por más amor que tuvieran a la región y a las ciudades de las que eran oriundos, ninguno pensó jamás que la emancipación pudiera generar una diáspora nacional y que de la independencia soñada se pasara a la constitución de los numerosos países en los que, más tarde, se dividiría el continente americano.

En las postrimerías del siglo XVIII y las primeras décadas del XIX primaba poderosa la idea de que América era una magna y única patria, que todos los americanos eran compatriotas, solidarios en la lucha por su emancipación de España y que la unidad y cohesión de todos los esfuerzos resultaba imprescindible, si se quería lograr el triunfo en la lucha por la independencia.

Este ideario permitió, como es sabido, la conjunción de hombres provenientes de todas las regiones y la hermandad de personalidades como la de José de San Martín, Simón Bolívar, Bernardo O'Higgins, Francisco de Paula Santander, Antonio José de Sucre, José Gervasio Artigas y tantos otros fue posible precisamente por esa concepción de la unidad de América que alentó el formidable impulso del estallido emancipador y, sobre todo, su afianzamiento y prosecución en la guerra que culminó con el triunfo de los patriotas americanos.

La adhesión a la causa emancipadora requirió de Bello una reflexión que integrará su concepción de la cultura y, también, la comprensión del nuevo cauce político que en esa hora de afirmación de una personalidad autónoma debía seguir América. Bello captó la idea de la unidad de América porque lo llevaba a ella su concepto de la cultura iberoamericana como síntesis de los valores hispánicos y de originalidad americana.

Las reflexiones de Bello no están en los textos redactados en Caracas, sino que irrumpen cuando —en cumplimiento de sus deberes de diplomático bisoño— le toca colaborar en las gestiones de la misión con Bolívar y López Méndez y redactar los documentos que habrían de informar a Venezuela y a otros países, sobre los primeros planteamientos emancipadores que se hacen ante las autoridades inglesas y ante la opinión de políticos y funcionarios europeos que, desde Londres, seguían la marcha de los sucesos americanos.

Las miras de Bello son políticas y sus documentos persiguen con sagaz tenacidad la unidad de todos los pueblos americanos como una condición exigida por las necesidades de lograr la fuerza coordinada que permitiera el triunfo militar y diplomático. Pero como concepción sustentadora está operando, sin duda, una idea de la cultura como base del programa político.

Al formular su pensamiento desde Londres, madura en él otro aspecto de su personalidad que ya había despuntado tempranamente en Caracas, pero que ahora se define con más fuerza y nitidez. Nos referimos a su vocación de maestro, la que será su pasión, y no sólo como oficio individual práctico en diversos grados y sucesivas etapas de su existencia, sino al magisterio entendido como una obligación moral y

social impuesta a los americanos que deseaban el crecimiento de la personalidad continental.²

Con nuevos conocimientos y experiencias, Bello entendió que debía transmitir ese acervo a sus compatriotas y asumir, en cierto modo, la representación de todos ellos en ese contacto, conciencias e ideas útiles a los países que comenzaban a delinarse en la lucha por la emancipación. De ahí viene ese talante docente que había mostrado ya, pero que en la lejana Gran Bretaña era, además de un medio de vida, un deber que debía cumplirse a través de las empresas intelectuales que proyectaba destinar a América.

Desde su peculiar concepción de la cultura, los elementos de la originalidad americana se le imponían como un factor nuevo y decisivo en la caracterización de la personalidad del Nuevo Mundo. Aquella novedad de la naturaleza, revelada a través de los estudios de Humboldt y enriquecida con la lectura de viajeros y científicos, se integró con los conocimientos que había adquirido sobre la historia y la literatura americanas, cuyo valor y significación él tenía en gran estima y deseaba que se difundieran como un modo de elevar el rango de la consideración que América debía merecer en Europa.

El americanismo de Bello es una consecuencia del magno hecho de la emancipación, pues no se hubiera concebido sin el impulso del movimiento político cuyo derecho al respeto universal había ganado con las armas y se definía mientras avanzaba el siglo XIX a través de los países nuevos que se extendían por el continente. Tampoco se comprendería dicho americanismo sin la presencia del Romanticismo —a cuya luz se había tomado conciencia de los rasgos que caracterizaban a las modernas naciones europeas— poderosa corriente ideológica que había contribuido al conocimiento de las singularidades que individualizaban tierras y pueblos antes integrados en los grandes imperios y que ahora se desgranaban bajo el paso triunfador de los nacionalismos.

Bello había conocido los rasgos prerrománticos contenidos en la Ilustración tardía, tales como la idea de la naturaleza, de la filosofía del progreso concebida como la integración de la diversidad de pueblos y razas, del cambio histórico como factor de transformación y muchos más aprendidos a través de sus lecturas caraqueñas. Pero fue en Londres donde trabó conocimiento con el Romanticismo a través de su

² Florencia Ferreira de Cassone, “Andrés Bello y su idea de emancipación educativa”, en Adriana Arpini y Clara Alicia Jalif de Bertranou, eds., *Emancipación, emergencia social e integración continental (1804-1898)*, Buenos Aires, Biblos, 2010 (Col. *Diversidad e integración en el pensamiento de nuestra América*), pp. 167-186, esp. p. 168.

versión inglesa que, a diferencia de la francesa, social y revolucionaria, era más literaria y filosófica, más moderada y tradicional, lo cual la hacía afín al carácter equilibrado del pensador venezolano. Por medio de la lectura de los mejores autores franceses, alemanes e ingleses Bello conoció el Romanticismo y asimiló muchos de sus contenidos ideológicos aunque no adhiriera con entusiasmo sus posiciones más avanzadas. De ahí le vino, sin duda, un refuerzo notable de su americanismo ya que si el Romanticismo había alentado los sentimientos nacionalistas, la mayor conciencia de patria en el venezolano se afincaba en América. El patriotismo suyo sería, por lo tanto, el americanismo, y en particular el americanismo cultural, ya que a partir de esa concepción ideológica derivaban los factores que definirían la personalidad política.³

El programa americanista de Bello logró su mejor formulación en la edición de dos revistas. La primera surgió de la Sociedad Americana que, entre otros, integraron Juan García del Río y Luis López Méndez. Fue la *Biblioteca Americana*, subtitulada *Miscelánea de literatura, artes y ciencias*, y allí Bello publicó su poema “Alocución a la poesía”, que debió integrarse en una composición de mayor aliento, “América”, que jamás concluyó. En este poema, el cual invitaba a la poesía a trasladarse a suelo americano, la naturaleza y la historia que se enumeraban en sus rasgos más notables debían ser las inspiradoras de un arte nuevo. Ésta es la composición cuyo americanismo ha hecho que Pedro Henríquez Ureña dijera que se trata nada menos que de la *declaración de independencia de la literatura iberoamericana*. Esta revista se publicó en 1823 y en ella Bello dio a conocer numerosos trabajos de divulgación de lo americano y sobre aspectos científicos y culturales que juzgaba de utilidad para los lectores de América.

La segunda revista fue *Repertorio Americano*, la cual apareció en 1826 con características similares a la primera y completó el intento periodístico que revela su tenacidad por difundir una concepción de la cultura cuya claridad y definición equilibra todo lo que en una dirección más o menos análoga, se venía elaborando en América al calor de los sucesos revolucionarios.

Como diplomático que representaba en Londres a países como Colombia, Venezuela y Chile, Bello fue un defensor consecuente de los intereses americanos y su patriotismo no admite discusiones, pero en lo que se refiere a su idea de la cultura, la personalidad original que

³ Rafael Caldera, *Andrés Bello*, 4ª ed., Caracas, Instituto Nacional de Cultura y Bellas Artes, 1965, p. 72.

propugnaba celosamente no se sustentaba en la deformación del pasado histórico ni pretendía crecer apartada de las raíces nutricias de una cultura y un idioma que siempre tuvo en hondo aprecio.

Su amistad con españoles como José María Blanco White, Bartolomé José Gallardo y otros, despertó en Bello la simpatía por ese grupo de eruditos que fueron compañeros de tertulias literarias y reavivaron en él su jamás abandonada pasión por la literatura clásica española, en la que se había educado y a la que debía lo mejor de su habilidad retórica y expresiva.

Esta segunda etapa de la vida de Bello concluye en 1829 cuando Mariano Egaña, su jefe en la representación de Chile en Londres, advertido de los valores del venezolano, arregla su traslado a Chile para radicarse allí y trabajar en los variados ramos de su especialidad.

Con su viaje a Chile se inicia la tercera y última etapa de su vida, la que corresponde a su madurez y ancianidad, cuando la conjunción de su personalidad y talento engarzan con la obra configuradora del orden social y político que Diego Portales llevó a cabo con visión extraordinaria de hombres, problemas e ideas.

Para Bello había llegado la hora de poner en acción de gobierno aquella soberbia máquina mental y anímica, afinada por años de estudio, reflexiones y experiencias. Sobre todo, se le ofreció la oportunidad de enseñar y de poner a disposición de un pueblo americano con voluntad de nación, el caudal de un saber político y humanístico que pedía con urgencia su prueba en la dimensión práctica.

La comprensión que Portales y su grupo gobernante mostraron ante Andrés Bello, al permitirle asumir la dirección cultural, fue pagada por el venezolano con una obra de dimensión y alcances portentosos. La conquista del llamado “Estado en forma”, como se dijo entonces con acierto, tuvo en aquél uno de los colaboradores decisivos. En primer lugar, en la organización de la diplomacia chilena y en la orientación teórica y práctica de la política internacional de Chile; todo ello sin mengua de su obra de jurista y tratadista que comienza con la publicación de los *Principios del derecho de gentes* (1832) y se afirma con una intensa preocupación teórica en esta rama del derecho y llega a alcanzar un prestigio indiscutido en toda América, donde fue reconocido como árbitro autorizado en la materia.⁴ Los aportes jurídicos que hizo Bello a la consolidación de un derecho internacional americano y, sobre todo, a la defensa de las soberanías nacionales y al principio de

⁴ Enrique Zuleta Álvarez, “Andrés Bello y las relaciones interamericanas”, *Boletín de Estudios Políticos y Sociales* (Mendoza), núm. 15 (1965), pp. 7-51, esp. p. 7.

no intervención, son contribuciones valiosísimas que merecerán siempre el reconocimiento de todos nuestros países.

En lo que se refiere a la organización constitucional y jurídica de Chile, la labor de Bello fue también de dimensión superior. La Constitución de 1833, inspirada en las ideas de Portales e instrumento indispensable para afirmar el orden legal que permitiera el progreso político e institucional, tuvo en él a uno de sus principales artífices, y lo mismo debe decirse de todo el edificio jurídico que se construyó para continuar este proyecto que culmina en la magna redacción del *Código Civil*, elaborado entre 1834 y 1855, monumento jurídico que sirvió de inspiración y modelo en muchos países americanos. Todo ello se corona con una labor permanente en el Senado chileno, desde donde Bello contribuyó a la legislación que completaba la organización de las instituciones.

Su vocación docente halló también en Chile un suelo fértil y propicio. Apenas hubo llegado, Bello fundó el Colegio de Santiago y comenzó su labor de mentor de la juventud estudiosa chilena, en polémica con el escritor liberal español don José Joaquín de Mora, que había desempeñado una análoga función de dirigente ideológico en el régimen liberal, desplazado por la llegada de Portales. De la cátedra particular pasó a la función pública donde preparó planes y leyes relativas a la educación; en 1836 la Real Universidad de San Felipe le otorgó el título de bachiller en Sagrados cánones y Leyes.

Asimismo, Bello había estado preocupado por la corrección y pureza del lenguaje. Consideraba que había normas que debían ser enseñadas en todo el orbe hispánico para cuidar del mejoramiento del gran instrumento de expresión y comunicación de que disponían nuestros pueblos. Enemigo de deformaciones y corrupciones idiomáticas, por más que vinieran apoyadas por el uso del vulgo, Bello no sostenía la inmovilidad del idioma ni se oponía a que éste se enriqueciera por múltiples formas que no alteraran la esencia de la lengua.

Hacia 1841 proyectó la ley universitaria. La Universidad se reorganizó bajo su rectorado y en su egregio discurso de toma de posesión fijó las bases orientadoras para la inteligencia criolla: desde 1843 permaneció en tan alto cargo por elección renovada del claustro universitario. La idea de la cultura hispanoamericana en esta etapa de madurez se manifiesta, pues, en el discurso con motivo de la instalación de la Universidad de Chile, el 17 de septiembre de 1843.

Es necesario examinar esta alocución en el proceso evolutivo de su pensamiento sobre América. Lejos está la época en que se soñaba con la confederación americana, y el surgimiento de las nuevas nacionali-

dades era un hecho histórico irreversible, del cual tenía que partir un temperamento práctico como el de Bello, aun cuando guardara intactos muchos de sus proyectos de unidad americana, ahora pospuesta y transformada desde la perspectiva de su función política en Chile.

Sus reflexiones están dirigidas a la juventud chilena, sin duda, pero su intención es clara en cuanto ve a Chile como un representante primerísimo de esa inteligencia americana que comparte rasgos y aspiraciones ideales a pesar de diferencias de todo orden. Además, estas ideas de Bello deben ser consideradas en el marco del desarrollo que en toda América habían tenido los proyectos de una cultura americana propia y original.⁵ El mencionado Romanticismo había ejercido una influencia poderosa y decisiva en esta corriente ideológica y había ayudado a definir el ideal de autonomía intelectual con que se pensaba coronar la independencia política. Basta pensar en el movimiento de ideas que había tenido lugar en el Río de la Plata bajo la conducción de Esteban Echeverría y Juan Bautista Alberdi y en la llamada Generación de 1837. En efecto, en el prefacio del *Fragmento preliminar al estudio de derecho* (1837), también Alberdi había propuesto un programa de acción para la inteligencia argentina y americana. Se trataba, pues, de una aspiración que se advertía en casi toda América pero que, en el caso de Bello, tiene rasgos peculiares que nos interesa subrayar en orden a su idea de la cultura hispanoamericana.

En el citado discurso, Bello afirmaba que la obra de cultura universitaria debía ser colocada bajo el signo de la libertad, armonizada con la moral y la religión. No debía temerse que pudiera haber “un abuso de las luces”, donde se lograra la armonía entre las directivas morales y el recto uso de la razón científica; más aún, se daría un equilibrio social que beneficiaría tanto a las letras y las artes como a la misma moral y a la política, ya que todo adelanto en el plan cultural equivalía a un movimiento análogo en el progreso de la sociedad.

El progreso, afirmaba Bello, es hijo de la cultura y así lo probaba la historia desde los lejanos antecedentes en Grecia y Roma. Había una armonía entre las verdades que derivaba del sistema que integraban todas las facultades humanas, de tal modo que no pudiera conseguirse la regularidad y la armonía sin el concurso de todas ellas.

⁵ Enrique Zuleta Álvarez, “La Sociedad Americana en el pensamiento de Andrés Bello”, *Presencia de Cuyo en la emancipación nacional*, suplemento especial de *El Tiempo de Cuyo* (Mendoza), 25 de mayo de 1960, pp. 35-36. Agradezco a Celina Fares dicho artículo.

En América —sostenía Bello—, correspondía a las Universidades ser el depósito donde se conservara el saber, se acrecentara con investigaciones originales y se divulgara como correspondía al carácter expansivo de la verdad. Desde la Universidad debía mirarse todo el panorama general de la educación de un pueblo, pensaba Bello, y desde los grados primarios ponía como fundamento la enseñanza científica y literaria —tomada en su sentido más lato— ya que sólo donde han florecido las ciencias y las letras ha crecido una gran cultura popular. La cultura debía escalonar sus jerarquías pasando por el derecho hasta llegar a la economía, la medicina y las ciencias físico-matemáticas; nada debía quedar fuera del alcance de esta organización de la inteligencia configuradora del hombre y la sociedad.

Bello defendió la preeminencia de la inteligencia especulativa sobre toda consideración crudamente empirista, en una época en que surgían las pretensiones científicas. Sostenía que el entendimiento debía elevarse a las consideraciones generales de la ciencia: “la Universidad no confundirá sin duda, las aplicaciones prácticas con las manipulaciones de un empirismo ciego” ya que “el cultivo de la inteligencia contemplativa que descubre el velo de los arcanos del universo físico y moral es, en sí mismo, un resultado positivo y de la mayor importancia”. Cuanto más claros y precisos fueran los conocimientos generales, las ciencias particulares obtendrían mejores resultados.⁶

La defensa de la cultura por parte de Bello no era un ejercicio retórico. Quien hablaba desarrollaba, simultáneamente a sus funciones de gobierno, sus obras de filólogo, lingüista, jurista, historiador de la literatura, pensador político y poeta. La *Gramática de la lengua castellana* destinada al uso de los americanos, aparecida en 1847, refleja su preocupación por unificar la cultura americana a través del uso correcto y compartido de la lengua, vista como camino de expresión y comunicación para todo el orbe hispanoamericano. Y, con carácter póstumo, su *Filosofía del entendimiento* lo presenta como la primera inteligencia especulativa de la América hispánica durante el siglo XIX. Es decir, personalidad y obra dedicadas a la independencia americana.

⁶ Andrés Bello, “Instalación de la Universidad de Chile”, en *Andrés Bello: bicentenario de su nacimiento*, Caracas, Arte, 1982, p. 46.

BIBLIOGRAFÍA

- Amunátegui, Miguel Luis, *Vida de don Andrés Bello*, Santiago de Chile, Imprenta Nacional, 1882.
- Arciniegas, Germán, *Pensamiento vivo de Andrés Bello*, Buenos Aires, Losada, 1946.
- Bello, Andrés, *Antología de discursos y escritos*, José Vila Selma, introd., Madrid, Editora Nacional, 1976.
- Blanco-Fombona, Rufino, “Andrés Bello”, en *Grandes escritores de América*, Madrid, Renacimiento, 1917.
- Feliú Cruz, Guillermo, *Andrés Bello y la redacción de los documentos oficiales administrativos, internacionales y legislativos de Chile*, Caracas, Fundación Rojas Astudillo, 1957.
- Ferreira, Florencia, “Andrés Bello y la integración cultural americana”, Primer Congreso Latinoamericano de Cultura como Motor de Integración, San Juan, 1983, versión en disco compacto.
- Gaos, José, *En torno a la filosofía mexicana*, México, Alianza, 1980, pp. 19-20.
- Grases, Pedro, *Tiempo de Bello en Londres y otros ensayos*, Rafael Caldera, pról., Caracas, Ministerio de Educación, 1962.
- Lira Urquieta, Pedro, *Andrés Bello*, México/Buenos Aires, FCE, 1948, pp. 134-135.
- Menéndez Pelayo, Marcelino, *Historia de la poesía hispanoamericana*, Madrid, Victoriano Suárez, 1911, 2 vols., en Ángel González Palencia, dir., *Edición nacional de las obras completas de Menéndez Pelayo*, Alicante, Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes, 2008, tomo II, p. 365.
- Murillo Rubiera, Fernando, *Andrés Bello: historia de una vida y de una obra*, Caracas, La Casa de Bello, 1986.
- Orrego Vicuña, Eugenio, *Don Andrés Bello*, 4ª ed., Santiago de Chile, Zig-Zag, 1949.
- Plaza A., Eduardo, “Bello internacionalista”, *Política* (Caracas), vol. IV, núm. 43 (octubre-noviembre de 1965), pp. 21-30.
- Silva Castro, Raúl, *Don Andrés Bello (1871-1865)*, Santiago de Chile, Andrés Bello, 1965.
- Uslar Pietri, Arturo, “Bello y los temas de su tiempo”, en *Historia de la cultura en Venezuela*, Caracas, Universidad Central de Venezuela, 1955, tomo I, pp. 292-295.
- Zea, Leopoldo, “Cultura, civilización y barbarie”, en Sergio Bagú *et al.*, *De Historia e historiadores: homenaje a José Luis Romero*, México, Siglo XXI, 1982, p. 78.
- Zuleta Álvarez, Enrique, “La historia de las ideas en el marco político de la historiografía hispanoamericana”, *Boletín de la Academia Nacional de la Historia* (Buenos Aires), vol. LXI (1988), pp. 109-135.

RESUMEN

La vida de Andrés Bello (Caracas 1781-Santiago de Chile 1856), filósofo, humanista y maestro de América, abarca tres etapas definidas: la primera transcurre en su natal Caracas y abarca desde sus años de formación hasta el 10 de junio de 1810 cuando, junto con Simón Bolívar y Luis López Méndez, viajó a Londres en misión diplomática. La segunda es la etapa londinense en la cual entra en contacto con el Romanticismo inglés cuyos postulados de exaltado nacionalismo lo llevan a ampliar su horizonte americanista y a reafirmar su convicción de que la cultura debe estar en la base del programa político. La tercera es la etapa chilena que va del 16 de febrero de 1829 hasta su muerte. En este lapso colabora en la organización constitucional y jurídica de Chile y pone en práctica su vocación docente. Sus trabajos históricos y geográficos reflejan la profundidad de su pensamiento, aspectos que analizamos desde la perspectiva de la historia de las ideas, para detenernos en su visión de la emancipación iberoamericana, la cual tuvo una influencia modeladora en todo el continente.

Palabras clave: Andrés Bello, pensamiento de la emancipación iberoamericana, historia de las ideas.

ABSTRACT

The life of Andrés Bello (Caracas 1781-Santiago de Chile 1865), philosopher, humanist and Educator of America, spans three defined stages. The first one takes place in his native Caracas, and it spans his formative years up until June 10, 1810, when, along with Simón Bolívar and Luis López Méndez, he traveled to London as a diplomat. In the second stage, in London, he encounters English romanticism, whose tenets emphasizing exalted nationalism take him to broaden his Americanist horizon and reaffirm his conviction that culture must be at the base of any political agenda. Third is his Chilean stage, spanning from February 16, 1929 to his death. During this time, he contributes to organizing Chile constitutionally and legally and he practices his vocation as a teacher. His historical and geographical oeuvre reflect the depth of his thought, aspects that are analyzed from the perspective of the history of ideas, in order to focus on his view of Spanish-American emancipation, which had a modeling influence throughout the Continent.

Key words: Andrés Bello, thought in Spanish-American emancipation, history of ideas.